

SOR CRISTINA DE LA CRUZ DE ARTEAGA, O. S. H.

INTRODUCCION

Santa Paula romana y las fundadoras de su Monasterio sevillano

Este modesto volumen está dedicado a nuestra querida Santa Paula, y en él se contiene, por primera vez, un estudio de las vidas de las fundadoras de su Monasterio. Este estudio fue realizado en un momento y en la ocasión más oportunos, el día de su centenario en la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Sevilla, en el momento que, en este mismo año, cumplió con la fundación de su Monasterio.

¿Por qué se escribió esto y hasta qué punto respeta la verdad? Fue una parte, siempre respetando al actual, con la fecha feliz del VI centenario de la Orden, fundada en España. Aunque sus antecedentes, que debieron comenzar también el V centenario de la fundación del Monasterio de Santa Paula en Sevilla. El estudio trata de Santa Paula, la gloria de nuestra ciudad y nuestro país, descubre los hechos, pero también, más modesto, nos muestra, en el cielo, la abstracción y el silencio.

En esta parte que sigue la experiencia y volviendo los ojos a las cosas en los que el árbol está firme y como una de la tierra, se muestra en la que fue plácido, mostrar en el deber de vivir, pero la gloria de esta Santa.

SANTA PAULA ROMANA Y LAS FUNDADORAS DE SU MONASTERIO SEVILLANO

Este libro trata que se presenta en Sevilla, con un estudio y una visión del monasterio de Santa Paula, los siglos, los hechos, los sucesos, una referencia para llegar a un nivel de comprensión.

INTRODUCCION

I

Cuando nuestro Excmo. Presidente, D. José Hernández Díaz, me propuso celebrar este acto académico en nuestra iglesia, quedé indecisa y un tanto confusa, por aquello de que «*nunca segundas partes fueron buenas*». Aún estaba muy reciente en mi memoria, y en la de algunos asistentes, el día de mi recepción en la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, en el que tuve que actuar, en este mismo sitio, ayudada por la benevolencia de todos.

¿No era aventurado y hasta monótono repetir la suerte? Por otra parte, hicimos coincidir aquel acto con la fecha feliz del VI centenario de la Orden Jerónima en España. Aunque más modestamente, ¿no debíamos conmemorar también el V centenario de la fundación de este monasterio de Santa Paula en Sevilla? El impulso venía de fuera, la gloria de nuestra acogedora ciudad y nuestro agradecimiento hacia ella, parecían reclamarlo, mis monjas no me perdonaban, en tal caso, la abstención y el silencio.

He aquí por qué repito la experiencia y, volviendo los ojos a esos orígenes en los que el árbol echa raíces y toma savia de la tierra generosa en la que fue plantado, me creo en el deber de referir toda la gloria de esta fiesta a

SANTA PAULA ROMANA Y LAS FUNDADORAS DE SU MONASTERIO SEVILLANO

Cinco siglos hace que se pronuncia en Sevilla, con simpatía y veneración, el nombre de Santa Paula; los correos, los taxistas, no necesitan otra referencia para llegar a su casa. Sin embargo, ¿habrá

muchas personas, aun entre las que admiran nuestro arte, que conozcan la vida y la espiritualidad de la Santa cuya imagen clásica preside nuestra iglesia y nuestros destinos?

SUS PRIMEROS AÑOS.—Aunque nacida en Roma, el 5 de mayo de 347, bajo los emperadores Constante y Constancio y el papa San Julio I (337-52), tuvo algo de nuestra península. Por su madre, Blesila descendió de esos Escipiones que conquistaron a Hispania, la Bética, inclusive, convirtiéndola en ilustre provincia del Imperio. Llevó su sangre y la de los Gracos, las armas y las letras ilustraron su cuna. Su padre, Rogato, se dice que provenía de Agammenón, rey de reyes, de los que tomaron Troya.

Joven, rica, patricia hasta la médula, dio su mano, en matrimonio mixto, a otro aristócrata, Toxocio, digno de ella, aunque pagano, descendiente de Eneas y de los Julio.

Renombrada en Roma, por su posición y su virtud, cuando agonizaba el culto de los dioses junto a las basílicas constantinianas, llenó la consigna apostólica de que la mujer fiel santifique al infiel. Honrada y amada por su marido, al que dio cuatro hijas y un hijo, le perdió tempranamente, con un dolor que la puso a las puertas de la muerte. La fidelidad a su recuerdo, la renuncia al mundo, su entrega a Dios fueron el distintivo de su viudez. Tendría unos 35 años cuando se vio sola, con la responsabilidad de su pequeña familia. Halló amparo y guía en otra gran señora, Santa Marcela la llamamos, representante de la casta de los Marcelos, mayor que ella, viuda apenas casada, que vivía con su madre, Albina, haciéndose respetar de toda Roma por su talento y personalidad. Le ofreció su mano, junto con una inmensa fortuna el ya maduro cónsul Cerealis, de la familia de los Césares, que quería ser para ella "más un padre que un marido". Ella contestó: "Si quisiera casarme de nuevo, me desposaría con un marido y no con una herencia". Y enamorada de esa vida monástica que le había dado a conocer el patriarca San Anastasio, en uno de sus destierros de Alejandría, vistió la primera el hábito despreciado de los monjes.

SU ENCUENTRO CON SAN JERÓNIMO.—En 382 un acontecimiento eclesiástico vino a influir en la vida de estas ilustres romanas, tan unidas al pontificado. El venerable papa español San Dámaso había convocado a concilio a los obispos orientales; uno de ellos, San Epifanio, obispo de Salamina de Chipre, se alojó en casa de

Paula, que extendió también sus atenciones a San Paulino, obispo de Antioquía de Siria.

Con ellos venía de intérprete y de monitor, junto a la curia romana, un monje, precedido ya en sus 42 años (poco más o menos) de una gran fama bíblica, ascética y literaria que le habían merecido sus brillantes "cartas desde el desierto". Alguna dama romana se sabía de memoria la que escribió a Heliodoro en loor de la vida anacorética. No en vano había cursado sus estudios en Roma, perfeccionándolos después en las Galias, donde eran "floridísimos". Pero, en vez de aprovecharse de ellos para situarse en un buen puesto del Imperio, se había marchado desde su tierra natal de Dalmacia a Aquilea primero y después a Siria, cargado con su biblioteca. Allí, después de una temporada de concesión a su salud y a sus amistades, se había adentrado en el desierto de Calcis a hacer oración y penitencia.

Pronto se dio cuenta Marcela del maestro que Dios les enviaba en ese monje, curtido por las asperezas del yermo, con la voz castigada por el sonido gutural de las sílabas hebreas, dueño de toda la educción clásica de Grecia y Roma. No se dignaba mirar a mujer alguna, pero ella venció aquella hosquedad con su importunidad y logró hacerle subir al palacio del Aventino donde reunía, a su sombra, a un elenco de mujeres cultas, sedientas de instruirse en el estudio de las Escrituras y en las vías del espíritu.

Entre todas ellas, Jerónimo distinguió pronto a Paula, que se ocultaba en su duelo, pero que transparentaba tanta inteligencia a través de su humildad. La preocupaban sus hijas, Blesila, la mayor, con 17 años, seducida aún por el atractivo del mundo; Eustoquia (en opinión de Jerónimo: "joya preciosa de la virginidad y de la Iglesia"), Paulina, Rufina y el pequeño Toxocio, criado en el paganismo. El influjo de tal maestro se hizo sentir en aquella familia privada de padre. Consiguió, no sin trabajo, unido a la oración de Paula, la conversión total de Blesila, lanzó a Eustoquia por la senda estrecha del Evangelio, de acuerdo con su madre desposó a Paulina con el senador Pammaquio, su amigo de juventud. Es más, su influencia poderosa, irradiante desde el Aventino, empezó a poblar los palacios romanos de ascetas y de vírgenes consagradas. Y el mismo papa Dámaso, tan lleno de ciencia bíblica, le retuvo junto a sí, le hizo su secretario y confidente, de suerte que contestaba en su nombre a los Sínodos de Oriente y de Occidente (motivo por el que le representan con el sombrero cardenalicio) y se le designaba como a su posible sucesor en el sumo pontificado.

“Vientos que en las alturas suelen ferir” levantaron la tormenta contra tanta elación. La muerte del papa Dámaso (Siricio no le era tan afecto), la de la joven Blesila, herida de tuberculosis en su florida juventud, a la que lloró su madre con un desconsuelo que envalentonó a los paganos de su parentela contra “la raza detestable de los monjes”, la misma pluma mordaz de Jerónimo contra los falsos clérigos y solapados herejes, desencadenaron tal persecución contra él que tuvo que huir de Roma, no sin escribir desde el navío que le llevaba a Palestina una carta, sangrante aún, a su discípula Asela, en la que decía: “Te escribo a vuela pluma, con dolor y lágrimas, y doy gracias a Dios porque merezco que el mundo me aborrezca... Yo sé que por la mala y por la buena fama hemos de llegar al reino de los cielos... Saluda a Paula y a Eustoquia, quiera o no quiera el mundo, mías en Cristo” (Ep. 45. Agosto del 385).

Pasó algún tiempo, se serenaron las aguas. Paula, que había visto abrirse ante sus ojos el panorama de la vida monástica, alimentada por el maná bíblico, decidió cumplir el deseo, proyectado con Jerónimo, de visitar la Tierra Santa, acompañada por su hija Eustoquia y otras doncellas, compañeras de su santo intento y, después de haber casado a Paulina, se embarcó en el puerto de Ostia, con un esfuerzo sobrehumano, pues dejaba en su orilla a sus dos hijos menores, inconsolables.

SU VIAJE A ORIENTE.—Debemos a la pluma de San Jerónimo el relato de esa larga navegación por el Mediterráneo, haciendo escala en las Islas Pontinas, en Rodas, en la Licia y, finalmente, en Chipre, donde hospedó a Paula el venerable Epifanio. De allí aportó a Seleucia y se remontó a Antioquía, donde la retuvo San Paulino y se encontró de nuevo con San Jerónimo.

Montada en pobre borriquillo, y dirigida por tal “cicerone”, recorrió, con su pequeña comitiva, toda la Tierra Santa. Con lágrimas indecibles adoró en Jerusalén la cruz y el sepulcro del Señor, pero fue en la pequeña Belén donde, sumergida en el Misterio de la Natividad de Jesús, viendo, con los ojos de la fe al Niño envuelto en pañales, a la Virgen Madre, al nutricio solícito, rodeados de los pastores, exclamó en su éxtasis: “¡Salve, Efrata, tierra ubérrima, cuya fertilidad es el mismo Dios! En ti nació el caudillo que fue engendrado antes del lucero de la mañana, cuyo nacimiento, del Padre, sobrepasa toda edad... Yo, miserable y pecadora, he sido juzgada digna de besar el Pesebre, en el que el Niño Dios dio

sus primeros vagidos y de orar en la cueva donde la Virgen Madre dio a luz al divino infante. He aquí el lugar de mi descanso, porque es la patria de mi Señor. Aquí habitaré porque el Señor la eligió: *Preparé una lámpara para mi Cristo* (Salmo 131,17). *Mi alma vivirá para él y mi linaje le servirá* (Salmo 21,31) (Panegírico de Paula, 9p. 108).

Animada por Jerónimo, la valerosa romana no dudó en emprender, a través de mil peligros, calores, yerbos, arenas del desierto, la peregrinación a Egipto, hacia Alejandría y la Nitria, donde salió a su encuentro una muchedumbre de monjes, presidida por Isidoro, que en su juventud visitó a Roma. Pudo admirar aquellas colonias de ascetas y, mientras Jerónimo examinaba su doctrina, postrarse a los pies de Macario, Arsenio, Serapión y otras columnas de la soledad. Querían retenerla junto a sí, en un cenobio femenino, pero ella “con la celeridad de una nave” —dice su biógrafo— volvió a Belén.

SE ESTABLECE EN BELÉN.—“Hecha conciudadana del Salvador”, prefiriendo la pobreza de Belén al fasto de Roma, plantó su tienda, primero, en una pobre casilla y, después, en un monasterio, edificado a su costa, donde, a lo largo de veinte años, consumió su vida, dedicándose a formar a las numerosas vírgenes que, del Asia, del Africa, de Europa, venían a ponerse bajo su magisterio.

Fundó también, para Jerónimo y sus discípulos, otro monasterio, en el que libres de preocupaciones materiales (que no les faltarían), ayudados por ella en la adquisición de códices y de papiros, pudieran dedicarse al estudio de la Palabra de Dios, en las lenguas bíblicas, a la traducción al latín de los libros sagrados en esa Vulgata que sería, durante siglos, vena de aguas vivas para toda la Iglesia.

Sin el tesón y la munificencia de esta mujer admirable, el “doctor máximo en la exposición de las Sagrada Escrituras” no hubiera llevado a cabo esta labor gigantesca, ni hubiera enriquecido a la Iglesia con sus comentarios a los profetas, a los evangelistas, a San Pablo...

Apoyada, a su vez, en tan segura dirección espiritual, Paula pediría al Oriente esa sabiduría ascética que el gran Antonio y sus seguidores fueron transmitiéndose. Hizo ya estado de vida —santo propósito, que decían entonces— de esas prácticas purificadoras en las que se había iniciado en Roma: la larga oración, la alabanza divina (en la propia lengua del Señor), las vigiliás nocturnas, el sue-

ño en la dura tabla, la aspereza en el vestir, los inconcebibles ayunos...

RASGOS DE SU OBSERVANCIA.—La heredera de los Escipiones, conquistadores del mundo, puso en la organización de su nueva vida una nota típicamente romana (aunque adoptada ya en Egipto por San Pacomio). Le dio forma de falange, con sus centurias y decurias. La madre y las decanas mantendrían una disciplina simple y grave, de tipo castrense, alentada por el espíritu, sancionada por penas más razonables que aflictivas, esencialmente comunitaria. Injertaría en ella una espiritualidad muy suya, bebida en esa civilización greco-romana en cuya exquisitez se había criado. Educación, arte, cultura, lenguas clásicas, amor al estudio. Nada basto, nada grosero, su mismo maestro espiritual le había inculcado que “la santa rusticidad sólo es buena para sí, no contribuye a edificar la ciudad de Dios” y ella estaba preparada para recibir estas semillas: “Estudia como la que más... que ames las Sagradas Escrituras y te amarás la sabiduría... que el Evangelio, sobre todo, no se te caiga nunca de las manos... haz de él el tesoro de tu corazón... que tu cabeza, rendida por el sueño, caiga sobre la página santa...” (Eps. XXII-17 y CXXX, 20).

Con toda su alma se entregó a este estudio amoroso, hizo de la Palabra de Dios “la perla que puede ser taladrada por todas partes” (Ep. XXII-8), fundó en su rumia la amplitud de su oración, que desbordaba luego en sus palabras, la tomó por alimento sustancial, casi comparable al manjar eucarístico que la sostenía a diario.

San Jerónimo, en su “Panegírico de Paula”, nos ha dejado una sabrosa relación de esa observancia primitiva que sigue dándonos pauta suficiente y vital. El apartamiento del mundo, en bien de la oración asidua, la relativa clausura que amparaba a aquella comunidad, tan entregada a la lección sacra y al trabajo manual, no estuvieron, sin embargo, exentos de esa apertura hacia los hermanos que hoy se preconiza como una conquista actual.

SU LIBERALIDAD Y ECUMENISMO.—Las liberalidades de Paula —ya criticadas en Roma por los que la acusaban de desheredar a sus hijos— se extendieron en la Palestina a los pobres, a los peregrinos, a los monasterios, que eran, junto con las Escrituras, pasión de su alma. De acuerdo con San Jerónimo levantó una hospedería, abierta a los peregrinos del mundo entero (sin saber que la invadirían un día los prófugos de Roma), para que, si por ventura, vol-

vían un día a Belén Jesús, María y José no se encontraran de nuevo sin posada. De su apertura ecuménica hablará, en la hora de su muerte, aquella multitud que acudió a llorarla y aquel gesto de los Obispos orientales que llevaron en hombros a la Basílica de la Natividad sus frágiles restos, mientras los enjambres de los salmos la envolvían con su incienso en lengua latina, griega y siríaca...

Al anciano doctor, que la había guiado y admirado tanto, le tocó dictar, en dos breves trasnochadas, porque su estilo se negaba a trazarlo entre sus dedos rígidos, el panegírico que la canonizó ante la Iglesia y la hizo inmortal. El tuvo conciencia del valor de su testimonio, escrito en Belén cuando la Santa murió, en el año de gracia de 404, a los 56 años 8 meses y 21 días de su edad. "Yo te he levantado —decía, citando a Horacio— un monumento más perenne que el bronce, que ninguna antigüedad podrá destruir..." (Ep. 108,34).

II

SE SOBREVIVEN LOS SANTOS.—«Será eterna la memoria del justo» (Ps. 111,7). Los santos no sólo permanecen en la admiración futura, sino que atraen el amor de las generaciones. A veces "pasan de moda" y a veces revive su nombre y su estirpe como en otra primavera.

Es el caso de San Jerónimo. Murió en el 420 y a los 200 años de su tránsito parece que desaparecieron sus monasterios al golpe de las invasiones musulmanas. Pero sus escritos, llenos de vida, traspasaron las de los bárbaros, salvados en los escritorios monacales cruzaron la Edad Media. Dom Antin, su apasionado investigador, anota ese ascendiente que ejerce, a través de los siglos, sobre una aristocracia de la inteligencia y de la virtud" (*Essai sur Saint Jérôme*, pág. 216). Lutero le odia, Erasmo le edita y comenta magníficamente. Lo hacen después Marianus Victorius, los benedictinos de San Mauro, Vallarsi, Migne. San Pío X erige la abadía de San Jerónimo en Roma para que se dedique a reeditar críticamente su Vulgata.

Por encima de toda erudición, y aun al margen de ella, es notable el río de vida jerónima que aflora y fluye en Italia, España y Portugal de principios del siglo XIV al XIX inclusive (casi estéril ya) en las congregaciones que llevan su nombre.

Había ya 24 monasterios de la poderosa Orden de San Jeróni-

mo en España y tenía apenas 13 años el siglo XV cuando entró en Sevilla. Vino de Guadalupe Fr. Diego de Medina, natural de esta ciudad y embrujado por su encanto y por los ruegos y ayuda de sus familiares, logró la fundación de San Jerónimo de Buenavista, que se incorporaría a la Orden en 1426.

Poco después (1429 a 1432) Fr. Lope de Olmedo, ex General de la misma, que había fundado una rama disidente de ermitaños de San Jerónimo, aprovechando que administraba, por la Santa Sede, el arzobispado de Sevilla, trajo a sus monjes de los montes de Cazalla a San Isidoro del Campo, en Santiponce, donde suplantó al Císter.

Ambas márgenes del Guadalquivir quedaron sitiadas por dos monasterios jerónimos que, con la Cartuja de las Cuevas, formaron un frente monástico de positiva influencia en la ciudad. Así irradió en ella, junto a la de San Jerónimo, la dulce memoria de Paula, perdida en su resplandor.

ANA DE SANTILLÁN.—Entre los matrimonios muy devotos de los tres monasterios, figuraba por entonces el honrado caballero Fernando de Santillán, del consejo del rey, veinticuatro de Sevilla, o sea, descendiente de uno de los conquistadores de la ciudad cuando la ganó San Fernando en 1248. Estaba casado con Leonor de Saavedra, ambos vecinos de Sevilla, ella parroquiana del Salvador, ambos acomodados y "muy buenos cristianos, temerosos de Dios y verdaderos siervos suyos, que se preciaban mucho de enseñar a sus hijos a serlo" (Relación manuscrita del XVIII).

Tuvieron estos señores dos hijas y un hijo menor, Alonso Fernández de Santillán. La hija mayor, Leonor de Saavedra, se casaría con Juan de Pineda, escribano mayor del cabildo de Sevilla, al que dio dos hijos, Pedro y Juan de Pineda. La hija segunda, la llamada a magnificar el culto de Santa Paula, fue Ana de Santillán, del nombre de su abuela, Ana Benítez.

Nació en Sevilla, en 1424, cuando la catedral iba hermoseándose por días y florecían en la ciudad monasterios y emparedamientos de "donnas e doncellas" en los que el arte gótico de los conquistadores se había fundido armoniosamente con el mudéjar de los vencidos. La Hispalis de los romanos, siempre renombrada por su belleza, formaría un conjunto que arrancararía al marqués de Santillana, frontero en Ecija, su maravilloso soneto:

*«Roma en el mundo e vos en España
sois solas cibdades ciertamente.»*

SU MATRIMONIO.—También el viejo trovador Alfonso Alvarez de Villasandino, que debió morir cuando nacía Ana de Santillán, cantó deliciosamente:

*«Linda sin comporación,
claridad y luz de España,
placer y consolación,
briosa ciudad extraña:
el mi corazón se baña,
en ver vuestra maravilla,
muy poderosa Sevilla
dotada de alta compañía.»*

y señaló una de sus reconocidas características:

*«En el mundo no halla par
vuestra lindeza y holgura
ni se podrían ballar
damas de tal hermosura;
doncellas de gran mesura
que en vos han sido criadas,
estas deben ser loadas
en España de apostura.»*

(Primavera y flor de la literatura española. Selecciones del Reader's Digest. Tomo I-24.)

Entre ellas se distinguiría Ana de Santillán cuando la casaron sus padres, en su juvenil edad, con un caballero sevillano, mayoralgo (que por sus muchas deudas con los sastres debía vestir bien) y le dieron muy buena dote y un ajuar conforme a su calidad, en el que no faltarían las bellas cofias, las luengas faldas de brocado, las faldetas, los tabardos y los mantillos, todas esas galas góticas, con influencias portuguesa y morisca, que privaban en la corte de Juan II y Enrique IV. Poco sabemos de su vida de casada, que transcurrió durante la privanza de Don Alvaro de Luna, cuando se la disputaban los Infantes de Aragón, apoyados por Alfonso V, de

ese reino, y Juan de Navarra. Andalucía vivía más atenta a las escaramuzas contra los moros, aún poderosos en Jaén y Granada.

Sólo consta que el matrimonio Ortiz-Santillán tuvo una hija, llamada Blanca Ortiz de Guzmán, del nombre y sobrenombre de sus abuelos, Diego Ortiz, también veinticuatro, y Blanca Núñez de Guzmán. Esta niña única tendría unos 9 años cuando murió su padre, a 25 de octubre de 1458.

Ya reinaba en Castilla Enrique IV, el 1453 había visto la ejecución del Condestable y la muerte de Juan II, atormentado por los remordimientos. Años decisivos de nuestra historia, cuando se debatía la herencia de la corona entre esa niña, llamada "la Beltraneja", y el malogrado príncipe Don Alafonso, hermano del rey.

*«¿Qué se hizo el rey Don Juan?
Los infante de Aragón
¿qué se hicieron?
¿Qué fue de tanto galán,
qué fue de tanta invención
como truxeron?»*

*¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados, sus vestidos,
sus olores?
¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?»*

La melancolía de las coplas de Jorge Manrique resonaría también en el corazón de D.^a Ana, viuda a los 34 años y con una herencia embrollada, porque Pedro Ortiz legaba su mayorazgo (que exigiría varón) a su hermano Juan, dejaba una manda a su señora madre "para la persona que ella sabe", pagaba numerosas deudas y pedía a su esposa que se contentase con las 3.500 doblas corrientes que recibió de ella, más las 1.000 que le mandó en arras, la mitad de los bienes gananciales y el ajuar de puerta adentro de su morada, sacando oro, plata y moneda amonedada (Testamento de Pedro Ortiz. Sevilla, 24 octubre 1458). Quería ser sepultado en San Pablo, con su padre y su abuelo. Entre sus albaceas nombraba a Fr. Alonso de Carrión, profeso de San Jerónimo de Buenavista. Los monjes de este monasterio seguían siendo los consejeros de la familia en todos sus asuntos.

SU VIUDEZ.—D.^a Ana se dedicó toda a la piedad y a la educación de su hija, no sin reclamar su tutela el mismo día de la muerte de su marido y sin defender su pleito en la ejecución del testamento. Pocos días después de Pedro Ortiz moría Leonor de Saavedra, su hermana. Pero la gran pena de su vida debió ser la muerte de su única hija, que tendría 18 años. Debió ser a principios del 1469, el año que vio la boda de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla en Valladolid. Le quedaba el consuelo de su madre, señora piadosísima, como lo demuestra su testamento de 1471, en el que menciona a su servidumbre, por ejemplo a Inés González, ama de Ana de Santillán, liberta a sus dos esclavas, María, de color negro, y Ginebra, de color lora. Para su hija cree que no hay mejor joya que su “Flos sanctorum”.

Es que ya en este tiempo, D.^a Ana, desengañada de todo, sólo pensaba en darse a Dios, con otras compañeras de su mismo sentir. Quizá leía las cartas de San Jerónimo consolando a Paula en la muerte de Blesila. Por de pronto, dejando a su padre la administración de sus bienes, se había encerrado en el emparedamiento de San Juan de la Palma (donde hoy están las Capuchinas). Pero su pensamiento iba más allá. Quiría convertir en monasterio unas casas que poseía en la collación de San Román, colindantes con las más espaciosas de D. Juan Pérez, abad de Xerez, muy propias para su intento. Su dueño era un eclesiástico de importancia, difícil para un trato. La Providencia lo allanó llevándose pronto a gozar de Dios y sabiendo que dejaba estas casas al monasterio de Buenavista, donde se mandó enterrar.

“La ocasión la pintan calva” y D.^a Ana pidió a su padre que fuera a hablar con el P. Prior y Comunidad y a pedirles que se las cambiaran o vendieran para fundar en ellas un convento de monjas de su Orden. Visto tan santo fin y la autoridad del veinticuatro, se concertaron sin dificultad, en precio de 250.000 maravedises. Dio licencia para ello el P. General Fr. Pedro de Córdoba, hijo de los Condes de Cabra, antes prior de Montamarta, en Zamora, “que juntó a la ilustre sangre un entendimiento muy claro” y una virtud probada.

Mientras esto se cursaba, Ana de Santillán impetró Bula de Roma par poder erigir un monasterio jerónimo, según la regla y constituciones que guardaban las monjas de Santa Marta de Córdoba y las de Santa María la Blanca de Burgos, pero bajo la obediencia de la Orden.

Paulo II, en el segundo año de su pontificado, sometió al P. Ge-

neral el estudio de la cuestión; fue Sixto IV el que, en el año tercero del suyo, por Bula plomada de 27 de enero de 1473, concedió la fundación de Santa Paula de Sevilla.

¡Se comprende el gozo de D.^a Ana al recibirla y la reverencia con que la pondría sobre su cabeza! Gozo algo nublado por la muerte de su tía, doncella, D.^a Leonor de Hoyos, su mejor compañía desde que perdió a su madre y que la dejaba heredera universal.

FUNDADORA DE SANTA PAULA.—Apoyada en el documento pontificio y en la posesión de las casas que se le vendieron en escritura pública, ante Lorenzo López, escribano público de Sevilla, a 13 de agosto de 1473, parece ser (aunque no consta en las actas capitulares) que Ana de Santillán pidió al Capítulo general de la Orden (2 de mayo de 1474) que la recibiese por religiosa de la misma, con las compañeras de su santo propósito y que sus casas se transformaran en monasterio de Santa Paula “y pues aquellas dos tan santas almas, Jerónimo y Paula, se habían hecho santa compañía en la Tierra Santa, agora también se juntasen en España debajo de una Religión las religiosas y religiosos de entrambos” (Historia de la Orden de San Jerónimo. T.^o II, 3.^a parte, cap. III). Por los sucesos siguiente se ve claro que la Orden debió admitirla.

D.^a Ana dio los pasos debidos. Muy ayudda de su padre, mandó disponer las casas en forma de monasterio, presentó la Bula original al provisor del arzobispado, mandó sacar traslados autorizados de la misma, a 28 de julio de 1474 y, a principios de mayo del 75 todo estaba a punto para la ejecución.

Era prior de Buenavista un santo varón, llamado Fr. Juan de Mazuela, del que decía el P. General Fr. Juan de Ortega “que en su vida vio mejor fraile, ni más humilde, ni más temeroso de Dios... bastaba mirarle para componer al más desbaratado” (Historia de la Orden. Parte 3.^a, lib.^o 2.^o, cap. XXII).

Profeso de Córdoba, donde fue prior tres años, le llevaron otros seis a San Jerónimo de Madrid, donde tuvo la triste ocasión de asistir a Enrique IV moribundo y no logró, por la celeridad del mal, que aclarara, en hora tan suprema, el misterio de la legitimidad de su hija D.^a Juana. Le enviaron después a confirmar un priorato en Sevilla, pero los capitulares optaron por elegirle. Tanto se resistió que hubo que meterle tres días en la cárcel, hasta que su compañero, confirmador, le mandó en virtud de santa obediencia y bajo amenaza de excomunió que aceptase, pues no sólo los

electores, sino los mismos ciudadanos de Sevilla, estaban pendientes de la elección.

Ana de Santillán, que nada hacía sin su padre, le pidió invitara al buen prior a que visitase sus casas y dictaminara si todo estaba en regla y podía darle el hábito de la Religión.

En compañía de Fernando de Santillán se vino a Sevilla el P. Mazuela, vio las casas, escogió para capilla y coro una hermosa pieza de las que su convento había vendido (nuestra actual sala capitular). Luego se llegaron ambos al emparedamiento de D.^a Ana. ¡Con cuánta emoción recibiría la piadosa viuda al venerable prior! Dicen nuestras crónicas, que “cuando hablaba con algunas señoras, que era mucha fuerza ir a consolarlas y visitarlas, decíales cosas tan santas, con tanta devoción, gracia y gravedad, que se les iban las lágrimas, hilo a hilo, por los ojos” (Obra y cap. cit.).

La entrevista fue tanto más emocionante para D.^a Ana cuanto que en ella se fijó la fecha de su traslado y vestición: el 8 de junio de 1475, dando tiempo a la comunidad fundadora (14 en total) a preparar los hábitos y todo lo necesario para iniciar la fundación.

Llegó por fin el día deseado, que, a distancia de cinco siglos, nos toca hoy conmemorar. El P. prior, con su séquito de monjes, se personó de nuevo en el emparedamiento. Allí le aguardaba el indispensable Fernando de Santillán, con un buen grupo de caballeros y damas que querían asistir a la salida de las siervas de Dios y fueron escoltándolas hasta su nueva morada.

Ante un escribano público, prevenido al efecto (Lorenzo López), y en presencia de todos los asistentes, la noble señora se despojó de todos sus bienes “sin reservación alguna” e hizo donación “inter vivos” de los mismos al naciente monasterio, para sustento de sus monjas. Los administraría el prior de San Jerónimo de Buenavista.

Se bendijo luego la iglesia, recibieron el hábito las primeras jerónimas sevillanas e ingresaron en su clausura. Fueron estas novicias, antepasadas nuestras:

Ana de Santillán - Paula de San Lorenzo
Beatriz de Vargas - Marin de San Jerónimo
Cecilia de Santa Paula - Eustochio de Santa María
Justa de los Angeles - María de San Miguel
Isabel de San Gil - Paula de Santa María
Eusebia de Guadalupe - Jerónima de San Martín
Juana de Santa Cruz.

Todas venían ya probadas en las virtudes claustrales y fue tan breve su noviciado que, al mes siguiente, el 13 de julio, firmaban sus cartas de profesión "hasta la muerte". La M. Ana, en virtud de la Bula pontificia, había recibido su nombramiento de priora de por vida. Había muerto "de una esquencia" el P. Mazuela, al terminar su trienio, cuando se disponía a regresar a Córdoba. Ella y sus hijas daban la obediencia al R. P. General, Fr. Juan de Ortega, y al P. Fr. Juan de Sevilla, vicario de Buenavista, por poderes del P. Fr. Pedro de Burgos, entonces prior. Firmó como testigo Fr. Pedro de Córdoba, profeso del mismo monasterio.

III

A punta de lanza tuvieron pronto que defender sus reinos los Católicos Reyes, contra la ambición de Alfonso V de Portugal, a quien estaba prometida la princesa D.^a Juana. Hasta que lograron en la batalla de Toro y en la de Albuera la victoria definitiva.

Entretanto, en Sevilla, crecía el convento felicísimamente. Emulaba la perfección primitiva; si no tenía un San Jerónimo para lanzarlo al estudio de las Escrituras, se deleitaba cantándolas con acentos armoniosos. Asegura el P. Sigüenza que "la fama de las que vivían dentro sonaba por toda aquella ciudad y que, por medio de las paredes, más que por tornos y rejas, se trasvinaba un licor suavísimo de verdaderas esposas de Cristo" (Cap. cit.).

La iglesia y el coro resultaban pequeños y como los bienes de la Madre Ana no daban para más, acudían a Dios pidiéndole que les remediara esta necesidad.

Había una señora marquesa que gustaba del trato de las monjas y se consolaba con ellas. La recibían con agasajo y con la ilusión de que fuera su bienhechora. Un día, estando en oración, encomendando el asunto, oyeron una voz que decía: «*Marquesa será, pero no ésa*».

De allí a poco vino, de donde menos se pensaba, del reino de Portugal, una señora de gran linaje, que se estableció junto a Santa Paula y empezó a frecuentar su locutorio.

LA BIENHECHORA PROVIDENCIAL.—Era ella D.^a Ysabel Enríquez, biznieta del rey D. Enrique III de Castilla y del rey D. Fernando de Portugal. Estaba casada con D. Juan de Braganza, condestable de Portugal y marqués de Montemayor, biznieto, a su vez, de D. Juan I, que ante fue maestro de Avís.

Corría el 1483 cuando se levantó en Portugal una conspiración contra el rey D. Juan II, la capitaneó el duque de Braganza, seguido de sus hermanos, el marqués de Montemayor y el conde de Faro, así como de su cuñado, el duque de Viseo, hermano de la reina D.^a Leonor. Descubierta la conjura, ambos duques fueron presos y condenados a muerte. Sus hermanos pudieron huir y acogerse a Castilla y a la protección de sus reyes. Los Montemayor eligieron Sevilla por residencia, de aquí la amistad que se entabló entre la marquesa y nuestra fundadora.

El condestable, varón batallador, partió para Granada a servir a los reyes. Otros eran los designios de Dios, el noble portugués murió en el campo, pero de muerte natural, a 30 de abril de 1484; su hermano el conde de Faro le depositó en una iglesia del lugar y volvió a Sevilla, a traer la triste nueva a su cuñada.

¡Qué sola quedó D.^a Isabel! Su consuelo era el monasterio de Santa Paula y en su pequeña iglesia debió celebrar las exequias de su marido. Marchó el conde a Granada y ella se resolvió a permanecer junto a su venerada amiga. Es más, decidió que, a falta de hijos, la heredarían las que llamaba, con su dulce lengua portuguesa, «*las miñas maes*». Edificaría el templo que tanto necesitaban y que sería panteón de su esposo y propio, al final de sus días.

EDIFICA LA IGLESIA.—Las dos ilustres viudas unieron sus afa-nes a gloria de Dios y de Santa Paula, su modelo. Compró la marquesa todo el terreno necesario para labrar la iglesia, con un espacioso compás por atrio, y comenzó a levantar, en estilo gótico, la capilla mayor, con su esbelta bóveda. La adornarían, al fondo, con grandes escudos de su casa, revistiendo los muros laterales del altar principal con preciosos azulejos, al estilo de los tapices persas. La única nave la cubrió con artesonado de madera de lazo, dorada, con un friso, en toda su circunferencia, de más de una tercia de ancho, de pintura. En el centro hizo la cripta de enterramiento y sobre ella puso un túmulo de piedra, guarnecido de jaspe y encima las dos estatuas yacentes, con el friso y las inscripciones que correspondían.

Dice la tradición que D.^a Isabel gastó, en esta obra de sus amores, el dinero de su recámara y parte de la renta que le asignaban los reyes y que sus damas y criados contribuyeron a ella, en particular Juan Fabra, por quien aún rezamos anualmente los salmos penitenciales en agradecimiento a su adquisición de las casitas que hacen fondo al compás de la iglesia.

La obra debió durar de 6 a 7 años. A 26 de agosto de 1489 moría santamente la M. Ana de Santillán y la enterraron en el actual coro bajo, señal de que la iglesia funcionaba ya.

La marquesa viuda vivió aún largos años; vio la toma de Granada, el descubrimiento de América, la muerte de la Reina Católica, una buena parte del reinado de Carlos V y de su bella emperatriz portuguesa.

La portada, adosada por ella a nuestra iglesia, única en su género, con el escudo y el águila de los Reyes Católicos escoltados por el yugo y las flechas, es un exponente del amor agradecido a quienes la recibieron con esplendidez y afecto a la hora de la desgracia. Y es también el testimonio de su gusto exquisito, corroborado por los azulejos que esmaltan el ladrillo, por esas mayólicas, de inspiración florentina y germánica, en las que conjuntaron su arte Nicolás Pisano y Pedro Millán.

SU MUERTE.—Murió D.^a Isabel Enríquez de Braganza en sus casas de la calle Francos el 29 de mayo de 1529. Pedía en su testamento que la metiera en la sepultura el que debía ser algo así como su maestro de obras, “pues Diego Rodríguez de todo sabe y es mucho mi servidor... y si él quisiere que le ayude algún cantero de los de la iglesia mayor, llamen a aquél que él nombrare, que bien sé yo que abrir la sepultura y tornarla a cerrar es más para cantero que para albañil” (Traslado del testamento en el archivo de Santa Paula).

Las necesidades de los tiempos no la dejaron reposar en el punto que había elegido. Se conoce que la iglesia, ocupada por el túmulo, resultaba chica para el culto. En 1592, siendo priora la M. Juana de Santa María, se hicieron dos arcos a los lados del altar mayor, a donde se trasladaron los restos de los marqueses de Montemayor y en este año y en el siguiente se desencaló y encaló toda la iglesia y se renovó el retablo entonces existente, que se pintó y doró de nuevo, así como la capilla mayor y los retablos de los demás altares”. (Los nichos quedaron sin letreros, error que subsanó, en mayo de 1892, D. José Gestoso y Pérez, repitiendo los que figuraban en el friso primitivo y estampándolos en primorosos azulejos, todo a su costa).

Mejor fortuna tuvieron los restos del generoso caballero Don León Enríquez, muerto “en servicio del rey”, que hallaron reposo definitivo en el bellissimo nicho lateral, donde aún yace su efigie

armada, tal como lo dispuso su hermana, la muy magnífica señora D.^a Isabel, que Dios tenga en su gloria.

COLOFÓN.—A lo largo de 500 años, la obra de nuestras fundadoras mantiene, a Dios gracias, no sin cuidadosa solicitud de sus moradoras, la estructura primitiva, ampliada y adaptada a las necesidades de los tiempos. Y, lo que más vale, se ha ido transmitiendo la llama de su espíritu, de generación en generación.

A raíz de nuestra cruzada nacional, cuando el sufrimiento —siempre fecundo— de España suscitó en toda ella numerosas vocaciones, se repobló esta casa que, aunque aminorada, había ofrecido albergue a la comunidad hermana de Santa María de Morón, privada entonces de su incendiado monasterio.

Hija de una época idealista, la nueva generación quiso revivir no sólo la tradición exquisita de religión, de liturgia y de arte que le venía del siglo XV, sino, principalmente, aquel espíritu fuerte, de austeridad, de entusiasmo bíblico, de raíces patrísticas, que se remonta al IV, a los tiempos fundamentales de San Jerónimo y Santa Paula, inspiración originaria de nuestra Orden.

En este año de 1975, que se ha dado en llamar “de la promoción de la mujer”, al cumplirse los cinco siglos de nuestra existencia en Sevilla, nos ha parecido oportuno recordar y ensalzar a las tres insignes mujeres, honra del “devoto femenino sexo”, a las que debemos el fondo y el marco de nuestra hermosa vida monástica, toda entregada a Dios, en seguimientos de Cristo, que se consume por El y en servicio de su Iglesia, que es el de toda la humanidad.

¡Gracias a cuantos han venido a honrarlas, a las dignísimas autoridades de esta ciudad que nos tiene por suyas, a la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, nuevamente interesada en compartir nuestras glorias!

¡Madre Santa Paula, luz sobre el candelabro sacro, nuestra dulcísima patrona! ¡Venerada Madre Ana de Santillán, su seguidora! ¡Ilustre marquesa, elegida por Dios para edificarle este templo! No podemos ofrecerles mejor regalo, en este V centenario de vuestra fundación, que el tributo agradecido de nuestro amor, de nuestra oración, de nuestra fidelidad... (*)

(*) Disertación pronunciada en el Convento de Santa Paula de Sevilla, en el acto celebrado por la Academia, el 8 de junio de 1975, para conmemorar el V centenario de su fundación.

FUENTES Y BIBLIOGRAFIA

I

- CARTAS DE SAN JERONIMO. B.A.C. 219-220. Sección Santos Padres. Versión de Daniel Ruiz Bueno. Principalmente:
Tomo I. Carta XXII, A Eustoquia.
Id. 30, A Paula.
Id. 33, A Paula.
Id. 38, A Marcela.
Id. 39, A Marcela (sobre la muerte de Blesila).
Id. 45, A Asela.
Id. 46, De Paula y Eustoquia a Marcela.
Id. 54, A FURIA.
Id. 66, A PAMMAQUIO (sobre la muerte de Paulina).
Id. 77, A Océano sobre Fabiola.
Tomo II: Carta 107, A Leta, nuera de Paula.
Id. 108, Panegírico de Paula, dedicado a Eustoquia.
- SANTA PAULA, por el P. Raimundo Genier, O. P., versión española por el P. Agustín Mas Folch, de Oratorio. Ed. La Hormiga de Oro, S. A. Barcelona, 1929.
- SANTA PAULA, por F. Lagrange, versión española, prologada y traducida por la R. M. Cristina de la Cruz de Arteaga. Ed. HERDER, S. A., 1962.

II

- ARCHIVO DE SANTA PAULA DE SEVILLA. En una cajita metálica donde están los documentos primitivos:
Testamento de Alonso Fernández de Santillán y de Ana Benítez, abuelos de Ana de Santillán.
Testamento del Jurado Pedro Ortiz, su marido. 24 octubre 1458.
Id. de Leonor de Saavedra, su madre. 4 diciembre 1471.
Sentencia de jueces árbitros sobre los bienes del mayorazgo de Pedro Ortiz, a su fallecimiento.
Administración judicial de la menor D.^a Blanca Ortiz.
Bula original concedida por el papa Sixto IV a la venerable Ana de Santillán para fundar el monasterio de Santa Paula de la ciudad de Sevilla en unas casas suyas en la colación de San Román. 1473.
Donación inter vivos que hizo Ana de Santillán de sus bienes a este monasterio de Santa Paula. Otorgada en 8 de junio de 1475 ante Lorenzo López, escribano público que fue de Sevilla.
- LIBRO RACIONAL DE TITULOS, por Fr. Pedro de Ecija. Encuadernado en rojo. RELACION muy verdadera de la erección y fundación del monasterio de nuestra Madre Santa Paula, de la ciudad de Sevilla, y por quién fue fundado y dotado. Son dos cuadernillos manuscritos, iguales. Por un jerónimo. Escritos en 1781.
- SEVILLA MONUMENTAL Y ARTISTICA, por José Gestoso y Pérez. Sevilla, 1892. Tomo III, pág. 13: «Santa Paula».